

16

COLECCIÓN DE
INVESTIGACIONES
EN DERECHO

John Steinbeck y la comunidad por venir

Alejandro Gómez Restrepo, Esteban González Jiménez, Fabio Leite de Castro
Guilherme Primo, Gabriel Augusto Tosse Anaya, Hernando Blandón Gómez
José Roberto Álvarez Múnica, Marlon Vargas Patiño, Óscar Alfredo Muñiz
Samir Ahmed Dasuky Quiceno, Sara Méndez Niebles

Esteban González Jiménez (compilador)



Grupo de Investigación
sobre Estudios Críticos
Proyecto de investigación
Gramáticas del conflicto y la paz



813
S819Zg

González Jiménez, Esteban, compilador
John Steinbeck y la comunidad por venir / Esteban González
Jiménez – 1 edición -- Medellín: UPB, 2020. 148 p: 17 x 24 cm.
(Colección de Investigaciones en Derecho)
ISBN: 978-958-764-797-6 / 978-958-764-798-3 (versión web)

1. Steinbeck, John, 1902 – 1968 -- Crítica e interpretación --
2. Literatura – Estados Unidos – Crítica e interpretación --
3. Literatura y sociedad -- I. Título – (Serie)

CO-MdUPB / spa / rda
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Alejandro Gómez Restrepo
© Esteban González Jiménez
© Fabio Leite de Castro
© Guilherme Primo
© Gabriel Augusto Tosse Anaya
© Hernando Blandón Gómez
© José Roberto Álvarez Múnera
© Marlon Vargas Patiño
© Oscar Alfredo Muñoz
© Samir Ahmed Dasuky Quiceno
© Sara Méndez Niebles
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

John Steinbeck y la comunidad por venir

ISBN: 978-958-764-797-6
ISBN: 978-958-764-798-3 (versión web)
DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-798-3>
Primera edición, 2020
Escuela de Derecho y Ciencias Políticas
Grupo de Investigación sobre Estudios Críticos
Proyecto de investigación Gramáticas del conflicto y la paz
Radicado CIDI 905B-09-17-77

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Derecho y Ciencias Políticas: Jorge Octavio Ramírez Ramírez

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Sissi Tamayo Chavarriaga

Corrección de Estilo: Fernando Aquiles Arango

Imagen Portada: Pixabay

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2020

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 1902-18-09-19

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.



¡Tierra! El paradigma de exclusión que produce residualidad: una lectura de Las uvas de la ira, de John Steinbeck

Alejandro Gómez Restrepo¹

Sara Méndez Niebles²

Se sentaron, miraron sus cosas viejas y las incineraron en sus recuerdos. ¿Cómo será eso de ignorar qué tierra es la que se extiende fuera de la puerta de nuestra casa? ¿Qué pasará si te despiertas por la noche y sabes... y sabes que el sauce no está ahí? ¿Puedes vivir sin el sauce? Pues bien, no, no puedes. El sauce eres tú mismo. (Steinbeck, 2010 p. 94)

Introducción

Los fenómenos de exclusión socioeconómica no son recientes, han estado presentes a lo largo de la historia de la humanidad. Estos han tenido como factor común la producción de seres humanos transformados en residuos

¹ Abogado por la Universidad Pontificia Bolivariana. Egresado no graduado de Ciencias Políticas de la misma institución. Joven Investigador de Colciencias del Grupo de Investigación sobre Estudios Críticos.

² Egresada no graduada de Derecho en la Universidad Pontificia Bolivariana. Auxiliar de Investigación del Grupo de Investigación sobre Estudios Críticos. Pasante en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos.

sociales, arrojados a una vida en la miseria. En la contemporaneidad —la era del progreso y el consumo—, la producción de vidas desperdiciadas se ha incrementado, agudizándose, en consecuencia, el sufrimiento producto de vivir en el vertedero de los desperdicios³. La conexión y desconexión con la tierra permite representar dicha exclusión y los efectos que recaen precisamente en los desterrados. John Steinbeck⁴ en *Las uvas de la ira* relata la forma en la cual el despojo de la tierra obliga a los integrantes de la familia Joad a migrar a California y producto de esto son, posteriormente, etiquetados como forasteros, una exclusión que los conduce a un estado de residualidad.

Tom Joad, protagonista de la novela, es un campesino que luego de haber permanecido varios años en prisión va en búsqueda de sus seres queridos; sin embargo, encuentra que su familia ha perdido la tierra en la que vivían y trabajaban, al arruinarse las cosechas y al no poder pagar los préstamos bancarios. Su tío también ha perdido la finca en la que vivía y trabajaba. Debido a ello, los Joad se ven forzados a migrar en búsqueda de mejores condiciones de vida. Escogen como destino California porque

³ Zigmunt Bauman en su texto *Vidas Desperdiciadas. La modernidad y sus parias* realiza un estudio del sistema económico imperante en la modernidad argumentando que la economía funciona como una gran industria en la que intervienen dos tipos de personas: los privilegiados y las víctimas del diseño. Los primeros permiten que el mismo subsista al convertirlos en sujetos de consumo, sin embargo, los segundos, a quienes denomina vidas desperdiciadas, se constituyen en un producto no deseado por el sistema, como un residuo industrial, por lo cual estos se ven obligados a vivir por fuera de las ciudades en contextos de miseria, escasez, precariedad y sufrimiento.

⁴ Escritor estadounidense que nació en el seno de una familia de clase media en California en 1902. En 1940 recibió el Premio Pulitzer y en 1962 el Premio Nobel de Literatura. Su literatura evidencia una fuerte conciencia social, la cual comienza en el contexto de la crisis económica: “Steinbeck empieza a interesarse por los agricultores desilusionados que solo hallaron pobreza y miseria, los jornaleros, sus dificultades, sus historias”. (Rodríguez Campesino, 2015, p. 118). Fallece en Nueva York en 1968. Los temas de mayor interés para Steinbeck en su literatura giraron en torno a dos pilares: “por una parte, la denuncia social, que va disminuyendo a lo largo de los años y, por otro lado, la relación del hombre con la tierra” (Coy, 2012, p. 18, citado en Rodríguez Campesino, 2015, p. 118).

fueron repartidos folletos prometiendo numerosos puestos de trabajo con buenas condiciones laborales en dicho lugar. De esta forma, la familia Joad emprende su viaje. Al llegar a su destino, las condiciones de vida no mejoran, permanecen en un estado de marginalización.

Esta obra literaria de Steinbeck permite reflexionar sobre la figura de la tierra y la forma en la cual se relaciona con la producción de residualidad, materializándose aquello en dos fenómenos: la migración forzada de los campesinos, y el etiquetamiento que sufren estas personas por ser calificadas como forasteros, o extraños. Bajo esta perspectiva, resultan claros los ecos de la teoría de Zigmunt Bauman⁵ sobre los procesos de exclusión socioeconómica y la producción de vidas desperdiciadas. Es en este sentido que la tierra es identificada como el paradigma a partir del cual se relacionan los textos *Las uvas de la ira* de Steinbeck y *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias* de Bauman.

En consecuencia de lo anterior, este texto responde a la pregunta ¿en qué sentido en *Las uvas de la ira*, de John Steinbeck, se representan las vidas sometidas a la residualidad como exclusión social en virtud de la migración y el etiquetamiento que se producen con el despojo de la tierra? Fruto de este interrogante, la presente composición se estructura de la siguiente forma: en un primer momento, se identificará el proceso de exclusión socioeconómica que conduce a la residualidad por el despojo de la tierra; en un segundo momento, se observará la migración sufrida por la familia Joad, y, en un tercer momento, se indicarán el etiquetamiento como *okies*⁶ y la consecuente marginalización a la que se ven sometidos por ello.

⁵ Nacido en Poznan en 1925 y fallecido en Leeds en 2017, Bauman fue un sociólogo, filósofo y ensayista polaco-británico de origen judío quien recibió el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 2010. “Bauman ha dedicado las últimas tres décadas a pensar las consecuencias – políticas, morales y sociales- que el estilo de vida basado en el consumo tiene para la autorrealización y la convivencia entre los seres humanos”. (Silva, 2012, p. 109)

⁶ Steinbeck relata cómo los campesinos, producto de perder sus tierras, se ven forzados a emigrar a California, pero allí son discriminados al ser catalogados como *okies*, una etiqueta derivada de ser oriundos de Oklahoma, estado del que la mayoría de campesinos provenía.

Al respecto, Zygmunt Bauman designa como *vidas desperdiciadas* a aquellos seres que, como consecuencia de los procesos del diseño de la modernidad⁷, han sido consideradas como vidas de menor, o incluso, nulo valor respecto al resto. El proceso de producción de este tipo de vidas surge en consecuencia de la condición de diseño compulsivo y adictivo de la modernidad (2005, p. 50), según el cual unas vidas son privilegiadas y otras son convertidas en desechos humanos. Los miembros de la familia Joad, al sufrir del destierro, comenzar su migración y ser etiquetados, se constituyen en víctimas de la lógica económica de la modernidad, en vidas desperdiciadas.

Para efectos de evidenciar la forma en la que la tierra en la obra de Steinbeck se constituye como el elemento paradigmático que permite comprobar los postulados teóricos del pensamiento de Bauman, se tomarán como fuente auxiliar trece artículos publicados en revistas indexadas, los cuales fueron extraídos de las bases de datos Scielo, Dialnet y Google Académico: seis analizan la obra *Las uvas de la ira* respecto a su contexto y evidenciando la condición de marginalización de la familia Joad en su movilización, tres permiten profundizar y comprender el pensamiento de Zygmunt Bauman sobre el funcionamiento de la modernidad y los efectos sobre clases específicas de personas, y otros cinco dan luces sobre la condición de migrante y el etiquetamiento que consecuentemente se produce.

De esta forma, relacionando el fenómeno de la migración, el cual en la actualidad se evidencia como una circunstancia propia de la lógica socioeconómica y la producción de desperdicios humanos, con la obra literaria de Steinbeck, se está efectuando una lectura sociopolítica novedosa que permite ensanchar los horizontes de comprensión respecto del fenómeno. Además, utilizando la figura literaria de la tierra, se logra evidenciar que aquello que acontece a la familia Joad es una realidad observable en el contexto de miles de familias latinoamericanas. Estudiar la marginalización producida por el capitalismo es una necesidad académica y social.

⁷ “La Modernidad consiste en producir orden, orden y más orden, cada día más perfecto. El desorden de ayer se supera con el orden de hoy. Y eso genera una producción constante de gente excedente. Esto es el progreso económico” (Caballero y Vilaseca, 2003, citado en López, 2017, p. 386).

La metodología que se utiliza en esta investigación es de tipo cualitativa documental, partiendo del paradigma hermenéutico, toda vez que se pretende contrarrestar lo plasmado en la obra literaria *Las uvas de la ira* de Steinbeck⁸ respecto de datos no ficcionales extraídos de fuentes académicas, aquello bajo el lente teórico que proporciona Zigmunt Bauman. Esto permite dar luces sobre la exclusión socioeconómica que conduce a la migración y al etiquetamiento, una problemática social que, aunque ampliamente explorada, no ha sido abordada en estos términos. Así, la investigación —además de novedosa— resulta pertinente, relevante y necesaria para denunciar las condiciones a las que se ven sometidos miles de seres humanos que en la contemporaneidad, como consecuencia de la lógica socioeconómica, se ven excluidos, forzados a movilizarse y en consecuencia marginalizados, tal y como lo evidencia Steinbeck en las condiciones que atraviesa la familia Joad.

Los efectos de la lógica socioeconómica de la modernidad: el despojo de la tierra de la familia Joad

Desde la instauración del capitalismo como sistema socioeconómico pueden rastrearse sus efectos devastadores sobre poblaciones enteras, siendo justificado por un discurso que no pone en el centro de la discusión los rostros de aquellas personas que han sufrido los efectos colaterales de este diseño de la modernidad⁹. La instauración de esta lógica presupone la consecuente existencia de progreso y, tal y como lo expresa Bauman (2005),

⁸ *Las uvas de la ira* se constituye en un “reflejo realista, dentro de una estética documental, de una situación flagrante de pobreza y emigración como la que afectó a gran parte de la población del Medio Oeste americano” (Fra López, 1997, p. 42).

⁹ La modernidad, como esa condición del orden y control que se ha plantado en la mente de la humanidad es un motor de creación, porque es a través de esta que transforma el mundo. Pero, para cada creación se necesita materia prima de la cual nace un producto final, que es también acompañado de ciertos desperdicios. Así las cosas, el problema de la sociedad moderna es su excesivo enfoque en la bella obra de arte resultado de la creación. Pero, para Bauman el problema reside en que esa primacía dada al producto final del proceso creativo

aquello conllevó que el total de la producción y el consumo a lo largo del globo se encuentren ahora atravesados por el dinero y el mercado. La mercantilización, la comercialización y la monetización han llegado a cada esquina del mapa mundial¹⁰, generando problemas globales que deben ser contrarrestados con medidas locales, llevando, de esa forma, a situaciones insostenibles e inabarcables (Bauman, 2005).

La “Gran Depresión”, como ejemplo de lo anterior, ha sido una de las mayores crisis económicas, duró alrededor de 10 años y tuvo efectos devastadores. En Estados Unidos inició en 1929¹¹ y terminó en 1940, caracterizándose por una fuerte afectación a los bancos y sistemas financieros, tales como el mercado bursátil (Rodríguez Campesino, 2015). Dicho suceso evidenció cómo la lógica de producción capitalista afecta masivamente a individuos que no logran entrar en la dinámica de la competencia económica. La Gran Depresión es el hecho histórico paradigmático de la exclusión que conduce a la residualidad, y es precisamente en este contexto en el que Jonh Steinbeck relata *Las uvas de la ira*¹².

hace que la humanidad deseche lo sobrante del modo más radical y efectivo, haciéndolo invisible, sin mirarlo y sin pensar en ello. (2005, p. 40).

¹⁰ “Se trata de la sociedad de individuos que institucionaliza el consumo como fuente de realización, identidad, inclusión, reconocimiento, prestigio y estima social” (Ruiz García, 2012, p. 103).

¹¹ “En octubre de 1929 comenzaba la mayor crisis que hasta ese momento había vivido el capitalismo industrial. El cierre de industrias, pérdida de propiedades agrícolas y el incremento del desempleo” (Rodríguez Campesino, 2015, p. 115).

¹² “La novela consta de 30 capítulos, entre los cuales podemos distinguir dos clases, divididas en tres grupos, según su disposición en el texto: por una parte, los capítulos que se refieren a la historia de la familia Joad, y por otra, los llamados “capítulos intercalados” (intercalary chapters, o interchapters). Dentro de estos, consideraremos, por un lado, los descriptivos, relacionados tanto con el entorno geográfico, con la situación espacial, como con la forma en que el espacio cambia a medida que pasan los emigrantes (cap. 1, 3, 11, 12, 19, 29) y, por otro, los dedicados a reflejar la situación social de los granjeros, los que corresponden a lo que Claude-Emond Magny llama “la novela impersonal” sobre la Depresión (cap. 5, 7, 9, 14, 15, 17, 21, 23, 25, y 27). Podremos, así, decir que la estructura de la novela, desde un punto de vista temático, se articula en dos bloques: uno, el individual, que trata de la historia de la familia Joad, y sus relaciones con otros

Sumado a la “Gran Depresión”, una crisis ecológica llamada “Dust Bowl”, o *cuenco de polvo*, sacudió a Estados Unidos: una sequía prolongada desde el golfo de México hasta Canadá, entre los años de 1932 y 1939 (Rodríguez Campesino, 2015). Esta sequía fue tan fuerte que la tierra era levantada de manera constante por el viento creando grandes nubes de polvo —llamadas “ventiscas negras”—, lo cual generó que la tierra fuera muy difícil de cultivar¹³. Este fenómeno medio ambiental empeoró las ya desastrosas consecuencias de la “Gran Depresión” porque no les permitió a los propietarios de las tierras conseguir cosechas lo suficientemente buenas para pagar los créditos que tenían con los bancos, producto de lo cual se generaron pérdidas masivas de estas propiedades rurales que fueron absorbidas por las entidades financieras (Mourão, 2005).

El capitalismo funciona como una gran maquinaria de producción que genera grandes riquezas, pero trae un efecto colateral: la producción de residuos humanos: seres excedentes. La “Gran Depresión”¹⁴, sumado al fenómeno ecológico del “Dust Bowl”, condujo a que numerosos campesinos no tuvieran los recursos para pagar los préstamos bancarios, lo que generó que los mismos fueran desposeídos de sus tierras. Tal y como lo expresa Mourão (2005): “En el proceso de mecanización de las labores agrícolas, las compañías norteamericanas más grandes de la década de 1930 desplazaron, poco a poco, a los agricultores y sus familias de sus lugares de residencia” (p.70). La lógica de producción económica los convierte en desperdicios y de allí que puedan ser expulsados, despojados, marginalizados.

Esto es precisamente lo que narra Steinbeck respecto a la familia Joad, la cual “se ve despojada de sus tierras y es obligada a emigrar, a buscar nuevas

personajes, y dos, el general, o el tratamiento del problema social de los granjeros del Medio Oeste en su migración hacia California”. (Fra López, 1997, p. 41)

¹³ “Una amplia región tradicionalmente fértil quedó reducida a un desierto, en parte por el fenómeno natural pero también por la acción del hombre (la deforestación, especulación, técnicas inapropiadas, la sobreexplotación y abuso de la tierra, etcétera)”. (Rodríguez Campesino, 2015, p. 116)

¹⁴ “Steinbeck presenta la Gran Depresión como un desastre nacional que supone una derrota de toda la sociedad en su conjunto, derivada del declive de un sistema económico y la consecuente caída de los valores que articulan la sociedad” (Rodríguez Campesino, 2015, p. 122).

oportunidades para mantenerse unida y sólida en su estructura” (Quint, 2003, p.2). Esta tierra no era en sentido estricto de ellos, toda vez que esto se enmarca en la usual práctica en la cual un terrateniente entrega una porción de tierra a una familia para que la cultive y la explote, beneficiándose de los frutos, pero otorgando al propietario los frutos excedentes. Una práctica que, producto de las lógicas capitalistas de la modernidad, termina afectando principalmente a los campesinos, las vidas más vulnerables en esta ecuación.

Los propietarios, relata Steinbeck, se acercaban a los campesinos y estos solo podían expresar su situación: la tierra no produce lo suficiente para cubrir las exigencias del banco, el “monstruo devorador de dividendos”. Los propietarios se dirigían a los campesinos como si estuvieran enajenados: “El banco —o la compañía— necesita..., quiere..., insiste..., debe tener...” como si el banco o la compañía fuese un monstruo, con capacidad de pensar y de sentir” (Steinbeck, 2010, p. 32). Estos funcionarios no se hacían responsables ante el banco o la compañía, “porque ellos eran hombres y esclavos, en tanto los bancos eran máquinas y amos al mismo tiempo” (Steinbeck, 2010, p. 32).

“Bien, es demasiado tarde.” Y los representantes del propietario explicaban la situación y los pensamientos del monstruo, que era más fuerte que ellos. “Un hombre puede retener la tierra mientras pueda comer y pagar los impuestos; puede hacerlo.

Sí puede hacerlo, hasta que un día una cosecha se arruine y tenga que pedir un préstamo al banco.

Pero... usted ve, un banco o una compañía no puede hacer eso, pues esas criaturas no respiran aire, no comen carne. Respiran dividendos..., comen el interés sobre el capital. Si no los tienen, mueren..., como morirá usted si le faltase el aire, si no comiese. Es una cosa desagradable, pero es así. Así es”. (Steinbeck, 2010, p. 33)

De acuerdo con esto, las lógicas capitalistas dan primacía al banco sobre las vidas de los campesinos¹⁵, la vida artificial sobre la vida humana,

¹⁵ “Son las mismas instituciones las creadoras del malestar, la desafección, especialmente por la forma episódica y temporal como afilian a los individuos:

arrojándolos a los desperdicios¹⁶. “Nadie da las órdenes, nadie carga con la responsabilidad” (Bauman, 2005, p. 58). Esta situación de los campesinos, al no ser una actividad suplementaria del progreso económico, lleva a que la producción de residuos humanos tenga todo el aire de un asunto impersonal y puramente técnico (Bauman, 2005, p. 58). Es claro, entonces, que,

Los actores principales del drama son las exigencias de los “términos de intercambio”, las “demandas del mercado”, las “presiones de la competencia”, la “productividad” o la “eficiencia”, todo ello cubriendo o negando explícitamente cualquier conexión con las intenciones, la voluntad, las decisiones y las acciones de humanos reales con nombres y apellidos. (Bauman, 2005, p. 58)

En medio de este drama, los campesinos tratan de hacerse oír para expresar su situación de pobreza. Ruegan a los propietarios que entiendan que lo único que tienen es esa tierra, una ¡tierra que ni siquiera es suya! Sin embargo, los propietarios únicamente obedecen los mandatos del monstruo:

(...) Los hombres volvían a clavar la mirada en el suelo: “¿Qué quiere usted que hagamos? No podemos disminuir nuestra siembra..., ya estamos medio muertos de hambre. Los muchachos siempre tienen hambre. No tenemos ropa, sino andrajos y remiendos. Si todos los vecinos no estuvieran en lo mismo, nos daría vergüenza reunirnos. (Steinbeck, 2010, p. 34)

Y, finalmente, los hombres del propietario llegaban al fondo de la cuestión.

contratación de servicios, desregulación laboral, en suma, privatización de las seguridades y protecciones básicas sociales son otros de los rostros que ha adquirido el celebrado capitalismo flexible. En este sentido, son las dinámicas sociales globales gobernadas por el mercado las que han ejercido presión sobre las instituciones, las creencias, las habilidades sociales, los hábitos, los ritos y las trayectorias vitales de los individuos, dando lugar a que estas se recompongan según otros patrones y criterios de funcionamiento.” (Ruiz García, 2012, p. 107)

¹⁶ La compulsión por diseñar que sufre la humanidad está presente en toda la sociedad: el conocimiento, la belleza, el arte, y la convivencia humana. Esta última se diferencia en que los residuos que produce “son seres humanos que no encajan ni se les puede hacer encajar en las formas diseñadas” (Bauman, 2005, p. 48).

—Ya no resulta el sistema del inquilino. Un hombre con un tractor puede hacer el trabajo de doce a catorce familias. Se le paga una cuota y se saca toda la cosecha. Tenemos que hacerlo. No nos gusta nada. Pero el monstruo está enfermo. Algo le ha sucedido al monstruo. (Steinbeck, 2010, p. 40)

Lo que le ha acontecido al monstruo es la “Gran Depresión” y debido a ello requiere un mayor número de ingresos para poder cubrir las falencias del mercado. Los inquilinos suplican, pero los propietarios no pueden satisfacer las demandas del banco. “No somos nosotros, es el banco. Un banco no es como un hombre. Y un propietario de veinte mil hectáreas tampoco es como un hombre. Es el monstruo” (Steinbeck, 2010, p.40). La solución final es el despojo, y, con él, la marginalización. La sociedad se escinde entre consumidores verdaderos y fallidos, siendo los segundos humillados al asignárseles la categoría de seres humanos inferiores (Bauman, 2014): vidas supernumerarias, innecesarias, carentes de uso¹⁷ (Bauman, 2005).

Se evidencia de esta forma que los campesinos empobrecidos no tienen nada que hacer respecto a la maquinaria bancaria, pero no debe ignorarse que esta gran máquina es operada por otros seres humanos, los cuales se ven beneficiados a costa del mayor empobrecimiento de aquellos. Armónicamente, Bauman expresa ante esta brecha económica que

En casi todo el mundo la desigualdad está creciendo rápidamente, y esto significa que los ricos, y especialmente los muy ricos, son cada vez más ricos, mientras que los pobres, y especialmente los muy pobres, son cada vez más pobres. (Bauman, 2014)

¹⁷ Es así como los desechos quedan atrás, sin más que una mirada de soslayo para evitar pisarlos u olerlos, y permitir que sigan allí, alejados de nosotros, pudriéndose. Tal situación no implica una diferencia intrínseca entre un desecho y objeto final, más que el proceso mismo a través del cual fueron producidos, el cual le impuso a uno la etiqueta de superfluo y al otro la de valioso. Es decir, lo que hace a cada uno lo que es, no es más que el haber sido separados, categorizados, ordenados y diseñados por la sociedad, pero no hay en ellos ninguna característica distintiva que haga a uno carente de valor y al otro completamente lo contrario. (Bauman, 2005).

Los campesinos empobrecidos ahora tendrán que buscar un nuevo lugar para vivir, o sobrevivir. Son empujados a encontrar un nuevo sustento de vida lejos de la tierra donde crecieron, la que cultivaron día tras día, la que valía para ellos más que el sustento de alimentación, la que les fabricaba su propia identidad. Ahora tenían que abandonarla. El vertedero de los desperdicios se constituyó en su nuevo destino.

(...) pero es nuestra tierra. Nosotros la medimos y la surcamos con nuestros arados. Hemos nacido en ella, nos han matado en ella, hemos muerto en ella. Aunque no sea nuestra, sigue siendo buena. Eso es lo que la hace nuestra..., el haber nacido en ella, trabajado en ella, muerto en ella. Eso es lo que hace la posesión, no un papel con números. (Steinbeck, 2010, p. 34)

Los propietarios insistieron en que debían irse, pero los inquilinos (o colonos) estaban tan aferrados a la tierra que darían todo para no ser expulsados:

Lo colonos gritaron.

—El abuelo mató a los indios, el padre mató a las culebras, en bien de la tierra. Quizás nosotros podamos matar a los bancos... son peores que los indios y las culebras. Quizá tengamos que luchar para conservar nuestra tierra, como lo hicieron el padre y el abuelo.

Entonces los hombres del propietario se encolerizaron.

—Tendrán que irse.

—Pero es nuestra tierra —gritaron los colonos—. Nosotros...

—No. El banco, el monstruo la posee. Tendrán que irse. (Steinbeck, 2010, p. 42)

Tierra y vida se entrelazan:

¡Como un viejo espectro maldito! He andado por los lugares que me traen recuerdos. A los cuarenta años se tienen muchos recuerdos. Allí fue donde por primera vez yací con una muchacha. (...) De modo que fui allí y me tendí en el suelo y para mí todo volvió a suceder. Y allí abajo, justo al granero está el sitio en que un toro hundió sus cuernos en el cuerpo de mi padre, y lo mató. Y su sangre está en ese suelo, ahora mismo. Debe de estar. Nadie la lavó jamás. Y yo puse mi mano en esta tierra donde la sangre de mi padre se ha confundido con ella (Steinbeck, 2010, p. 53).

El despojo de la tierra, incluso, puede conducir a la muerte.

Y el abuelo no murió esta noche. Murió en el preciso minuto en el que le sacaron de la casa.

—¿Está seguro de eso?—gritó el padre.

—Es decir... Claro que respiraba —siguió diciendo Casy—, pero ya había muerto. Él era uno con la tierra y lo sabía. (Steinbeck, 2010, p. 154).

De esta forma resulta evidente que el diseño compulsivo de la modernidad, al configurar privilegiados y víctimas, no solo arroja a los campesinos a la pobreza, sino también a la muerte. Además, si tratan de resistirse serán criminalizados. No tienen posibilidades de evadir los efectos colaterales de la lógica económica.

—Cogeremos nuestras escopetas, como el abuelo cuando vinieron los indios. ¿Y entonces?

—Bien..., primero el sheriff, luego las tropas. Ustedes estarán robando si tratan de quedarse; serán asesinos si matan para quedarse. El monstruo no es un hombre, pero puede hacer que los hombres hagan lo que él quiere. (Steinbeck, 2010, p. 35).

Los integrantes de la familia Joad, expulsados, despojados, humillados y adoloridos, en este contexto, se ven obligados a migrar, en aras de buscar nuevas oportunidades para mantenerse unidos y sólidos en su estructura (Quint, 2003). Eligen California como destino dado que habían leído volantes que llegaban a Oklahoma promocionando trabajo en la recolección de frutos. Esperanzados en encontrar allí un lugar donde pudieran trabajar y vivir, emprenden su viaje. De igual forma, miles de campesinos comenzaron su travesía por Estados Unidos, dándose así una migración masiva hacia el oeste.

De Oklahoma a California: la migración de la familia Joad

Con la pérdida de aquello que les es propio —la tierra—, con el despojo de ese espacio donde su identidad yace, inicia el largo éxodo que deben recorrer miles de campesinos hacia California. Buscando la tierra prometida donde

el invierno no tenía nieve, y las frutas maduras colgaban de los árboles, donde la tierra todavía producía y el hambre era escasa (Steinbeck, 2010). La familia Joad inicia este viaje con catorce miembros que empaquetan todas sus pertenencias en un camión y toman la carretera número 66 en busca de un sueño. La madre de Tom lo expresa así:

(...) me gusta pensar en lo agradable que va a ser, quizás, en California. Jamás hace frío. Y fruta en todas partes, y gente viviendo en casas hermosas, casitas blancas entre los naranjeros. Tal vez..., es decir, si todos podemos encontrar trabajo..., quizás podamos tener una de esas casitas blancas. (Steinbeck, 2010, p. 96).

Para la consecución de este sueño, más de 2000 kilómetros de viaje les esperaban, con catorce personas y sus pertenencias en un solo camión. “Su periplo los lleva desde las amarillentas y secas tierras de Oklahoma, pasando por el estéril desierto de Arizona hasta la tierra prometida de California” (Silva, 2012, p. 3): un recorrido sumamente extenso sin recursos, comida y agua potable. Esta peregrinación casi interminable experimentada por la familia Joad se replica en miles de familias campesinas en el contexto de la Gran Depresión. Actualmente, se experimenta un éxodo similar producido por las crisis económicas de países de Latinoamérica como Venezuela, Honduras, Nicaragua, El Salvador, entre otros, que migran hacia otros países, especialmente Estados Unidos.

Y entonces los desposeídos fueron empujados hacia el oeste..., desde Kansas, Oklahoma, Texas, Nuevo México; las familias, las tribus, se vieron expulsadas desde Nevada y Arkansas por el polvo y los tractores. Caravanas de carros cargados de seres hambrientos y sin hogar; veinte mil y cincuenta mil y cien mil y doscientos mil. (Steinbeck, 2010, p. 250)

Y los desposeídos, los emigrantes, llegaron a California, dos mil y cincuenta mil y trescientos mil. Detrás de ellos nuevos tractores surcaban la tierra y obligaba a salir a nuevos colonos. Y nuevas oleadas se ponían en camino, nuevas olas de desposeídos y sin hogar, endurecidos, resueltos y peligrosos. (Steinbeck, 2010, p. 250).

De los campesinos que habían dejado atrás Oklahoma quedaba muy poco: Steinbeck relata cómo las familias, que habían sido mundos cuyas fronteras habían sido una casa por la noche y una granja durante el día, se vieron

forzados a cambiar sus fronteras (Steinbeck, 2010). Este viaje para la familia Joad significa así un camino de transformación y pérdida: no solamente porque inicia con catorce personas y en la travesía mueren dos —el abuelo y la abuela— y cuatro abandonan el grupo —Noah, Muley, Casey y Connie—, sino también porque esta familia es despojada de su identidad, la cual estaba ligada a la tierra, y al perderlas, los Joad dejan de ser campesinos y se configuran en migrantes, son vidas residuales, desperdicios humanos producto de la sociedad capitalista.

Así cambiaron su vida social..., cambiaron como solo el hombre puede cambiar en todo el universo. Ya no fueron campesinos sino emigrantes. Y sus pensamientos, sus planes, el prolongado silencio contemplativo que habían desarrollado en sus campos, se refirieron ahora a los caminos, a la distancia, al Oeste. Aquel hombre cuyo cerebro se había circunscrito a unos cuantos acres, pensaba ahora en angostas millas de concreto. Y su pensamiento y su cuidado no se referían ya a la lluvia, al viento y al polvo. Los ojos contemplaban los neumáticos, los oídos escuchaban los motores ruidosos y los cerebros bullían con gasolina, con aceite, con la goma de los neumáticos que se adelgazaban entre el aire de la cámara y el asfalto. (Steinbeck, 2010 p. 210).

Bauman (2005) identifica al menos cuatro tipos de residuos humanos, que él llama vidas desperdiciadas: los solicitantes de asilo, los inmigrantes económicos, los seres humanos de gama baja y los consumidores fallidos¹⁸. La familia Joad retratada por Steinbeck, encaja fácilmente en tres de estas categorías: inmigrantes económicos, consumidores fallidos y seres humanos de gama baja. Los Joad son consumidores fallidos porque esa tierra que sostenía su identidad les otorgaba un sustento económico para sobrevivir, el ya no poseerla les quita a los antes campesinos la única manera que tenían de ganar dinero¹⁹. Son, además, inmigrantes económicos porque no

¹⁸ Productos todos de la lógica económica capitalista que ha configurado lo que Bauman denomina como modernidad líquida: “Lo que hace que la modernidad sea “líquida” es la “modernización” acelerada e imparable por la cual –al igual que otros líquidos– ningún tipo de vida social es capaz de mantener su forma por mucho tiempo” (Hall, 2017, p. 279).

¹⁹ “(...) la sociedad se escinde entre una masa de verdaderos consumidores de pleno derecho (una condición muy valorada) y una categoría de consumidores

tienen hogar, al perder la tierra se ven forzados a movilizarse. Su identidad radicaba en el lugar que habitaban, ahora ha pasado a construirse en el continuo movimiento de los automóviles sobre la carretera; no pertenecen a ningún lugar, su hogar les fue arrebatado, como consecuencia de los procesos económicos que dieron lugar a la Gran Depresión.

Los que habían salido de sus tierras, los que andaban buscando trabajo, ahora eran emigrantes. Aquellas familias que habían vivido y muerto en cuarenta acres, que habían comido o sufrido hambre con el producto de cuarenta acres, tenían ahora todo el oeste para vagar. Y andaban escabulléndose, buscando trabajo; y las carreteras fueron corrientes de seres errantes, y las márgenes de los caminos hileras de tiendas y chozas. (Steinbeck, 2010, p. 303)

Y los emigrantes bullían en los caminos, y en sus ojos se retrataba su hambre, y sus privaciones estaban marcadas en sus ojos. No tenían argumentos ni sistemas, nada, sino su número y sus necesidades. Cuando había trabajo para un hombre, diez hombres luchaban por conseguirlo..., “y su arma era ofrecer sus servicios por menos dinero. (Steinbeck, 2010, p. 304)

En este sentido, si bien la migración es un fenómeno que ha existido desde los orígenes de la humanidad, puede evidenciarse un aumento masivo en la contemporaneidad, producto, especialmente, de las violencias y las lógicas económicas²⁰. Cuando se habla del contexto de la migración, es preciso diferenciar aquellos que se movilizan internacionalmente, es decir, aquellos que cruzan fronteras internacionalmente reconocidas, de aquellos que se movilizan dentro de los Estados. Propiamente, los campesinos descritos por Steinbeck son migrantes internos, ya que son un grupo de personas que se desplazan de un lugar a otro dentro del país del que son nacionales, para establecerse allí por un periodo de tiempo o de manera permanente (Comisión Interamericana de Derechos Humanos, 2015).

fracasados, los que por diversas razones no son aptos para cumplir con las exigencias que ese mensaje les impulsa a asumir insistente y machaconamente, hasta convertirse en un mandamiento que no admite excepciones ni preguntas”. (Bauman, 2014, p. 68)

²⁰ El Estado se lava las manos en cuanto a la vulnerabilidad y a la incerteza provenientes de la lógica (de la falta de lógica) del libre mercado (Santos Feitosa, 2018).

A propósito, actualmente se rastrea “que cerca de 740 millones de personas en todo el mundo son migrantes dentro de sus propios países” (CIDH, 2015, p. 30). Jurídicamente, se entiende como desplazados internos a aquellos migrantes cuya causa de la movilización en el país no es voluntaria. Estos últimos, específicamente, “suelen enfrentar múltiples dificultades como consecuencia de haber huido de su hogar o lugar de residencia habitual. Estas personas son especialmente vulnerables debido a que huyen en el interior de sus países en busca de seguridad y protección” (CIDH, 2015, p. 30). Tal y como puede evidenciarse en las condiciones que afronta la familia Joad.

Desde la teoría de Bauman, estos campesinos migrantes son también seres humanos de gama baja porque al no encontrar trabajo se ve incrementada su marginalización económica, lo que los conduce a un estado de suma vulnerabilidad. En algunos casos sí encontraban trabajo, sin embargo, este era bajo condiciones laborales precarias y salarios inferiores a lo necesario para suplir sus necesidades: “los emigrantes enfrentaban el subempleo o el desempleo sin convergencia de salarios” (Mourão, 2005, p. 72). Aquí nuevamente la lógica monetaria pone a estas personas al margen: “Las fuerzas competitivas que alimentan y reproducen la situación reducen el nivel de salarios en algunas zonas, como el Hooverville, donde reciben a los Joads recién llegados a California” (Mourão, 2005, p. 72).

—Suponga que usted tiene un empleo que ofrecer y un sólo hombre que puede hacerlo. Tiene que pagarle lo que pida. Pero suponga que hay cien postulantes. [...]

—Suponga que hay cien hombres que quieren el empleo. Suponga que esos hombres tienen hijos, y que esos hijos tienen hambre. Suponga que una cochina moneda de diez centavos sirva para comprar un puñado de gachas para esos hijos. Suponga que incluso un *nickel* puede servir para alimentar a esos hijos. Y usted tiene cien hombres. Ofrézcales un *nickel* solamente y serán capaces de matarse unos a otros por ese *nickel* (Steinbeck, 2010, pp. 262-263).

Esta situación de los campesinos, ahora migrantes, es una consecuencia del sistema económico imperante en la modernidad —el capitalismo—, a partir del cual hoy “ya no es noticia que la desigualdad tiende a multiplicarse y a extenderse de manera cada vez más rápida” (Bauman, 2014, p. 15). En este sentido, “la desigualdad se agrava siguiendo su propia lógica y y su

propio ritmo” (Bauman, 2014, p. 22). Esa lógica económica afecta a las masas empobrecidas, las cuales, a escala planetaria son representadas por los migrantes: “los residuos del triunfo planetario de la modernidad”²¹ (Bauman, 2005, p. 89). Al respecto, la Organización Internacional del Trabajo ha identificado que “3.000 millones de personas viven por debajo del umbral de pobreza” (Bauman, 2014, p. 19). La familia Joad sería únicamente un número más dentro de dicha cifra.

Bauman ha identificado esta desigualdad como una regla imperante en la sociedad capitalista moderna, al punto en que resulta evidente la marcación de dos sociedades que coexisten juntas: la sociedad de los privilegiados y la de las víctimas del diseño, vidas desperdiciadas, seres empobrecidos. Bauman (2014) afirma: “La desigualdad ha creado dos mundos, con pocos o ningún punto de encuentro o comunicación entre ellos” (pp. 25-26). La radical diferencia entre estas dos clases sociales se hace evidente: “La décima parte de la población mundial pasa hambre de forma habitual; la décima parte más rica no es capaz de recordar algún periodo en la historia de su familia en la que hayan pasado hambre” (Bauman, 2014, p. 26).

“Los niños tienen hambre.” “No tenemos dónde vivir.” Como hormigas que tratan de encontrar trabajo, un poco de alimento, y, más que nada, un pedazo de tierra. (...)

Tenían hambre y eran fieros. Y habían confiado en encontrar un hogar y solo encontraron odio. (...)

Y mientras los californianos deseaban muchas cosas, acumulación de bienes, éxito social, diversiones, lujos y un fuerte depósito en el banco, los nuevos bárbaros solo querían dos cosas: tierra y alimentos; para ellos ambas eran una sola cosa. (Steinbeck, 2010, p. 250).

Por otro lado, si bien estos campesinos son migrantes en condiciones legales, básicamente porque no salen del territorio estadounidense; puede observarse cómo su condición es similar a la de los migrantes en

²¹ La llamada “crisis migratoria” se ha constituido como un capítulo determinante en la historia reciente, lo que ha producido fuertes elementos dramáticos apenas imaginables (Santos Feitosa, 2018).

condiciones irregulares o mal llamadas ilegales²² (Bengoetxe, 2014). Esto debido, principalmente, a la opresividad del sistema que los conduce a una situación de miseria: son etiquetados, rechazados y puestos al margen, y por ello se agrupan en campamentos que, tal y como los describe Steinbeck, son similares a los campos de refugiados del planeta. En virtud de este símil, la familia Joad entraría también en la condición de “solicitante de asilo”, clase de vida desperdiciada en términos de Bauman, no porque realmente se encuentren en este estatus jurídico, sino porque sus condiciones fácticas existenciales son asimilables a las de los millones de solicitantes de asilo en todas las latitudes del planeta.

Steinbeck relata cómo las autoridades expulsaban a los migrantes de sus campamentos, tal y como sucede diariamente con miles de refugiados:

—No es cosa nuestra. Tenemos órdenes de sacarlos de aquí. Dentro de media hora vamos a prender fuego al campamento. (...)

—Tenemos órdenes de sacarlos de aquí. Dentro de media hora arderá el campamento.

A la media hora se elevaba en el cielo el humo de las casas de papel, de las chozas, de maleza, y los emigrantes en sus carros, por los caminos, buscaban otro Hooverville. (Steinbeck, 2010, pp. 254-255).

La familia Joad es el reflejo, no solo del campesino empobrecido, sino también de los millones de migrantes internos e internacionales a lo largo del globo que experimentan la marginalidad, el hambre, la escasez de trabajo (o el mismo en condiciones infrahumanas), el etiquetamiento y la exclusión. Los Estados no reciben de manera cordial y hospitalaria a aquellos, los

²² “(...) el ingreso y la estancia irregular de una persona en un Estado no son delitos penales sino faltas administrativas. En adición a lo anterior, la legalidad o ilegalidad no son características que se puedan reputar de los seres humanos.” (CIDH, 2015, p. 67). “La utilización de los términos “ilegal” o “migrante ilegal” refuerzan la criminalización de los migrantes y el estereotipo falso y negativo de que los migrantes, por el simple hecho de encontrarse en situación irregular, son criminales.” (CIDH, 2015, p. 67).

expulsan a la entrada²³, pero cuando ya no pueden hacerlo adoptan otras alternativas²⁴. No es extraño, entonces, que hoy los gobiernos adopten políticas de criminalización ante los migrantes, pues estos se constituyen en masas empobrecidas en las afueras de las urbes: los Estados, si no pueden expulsarlos, prefieren administrarlos en las cárceles que adoptar políticas de bienestar y seguridad social²⁵. Las cárceles son hoy los nuevos vertederos de desperdicios humanos. Bauman lo expresa con total claridad:

La preocupación del nuevo Gran Hermano es la *exclusión*: detectar a las personas que “no encajan” en el lugar en el que están, desterrarlas de ese lugar y deportarlas “al sitio al que pertenecen” o, mejor aún, no permitir que se acerquen lo más mínimo. (Bauman, 2005, p. 169)

Si bien Steinbeck no relata el fenómeno de la criminalización y privación de libertad de migrantes, pues este es un fenómeno reciente, sí describe las condiciones de precariedad laboral en la que se encuentran los *Okies*:

¿Sabe usted cuánto me pagaban en el último empleo que tuve? Quince centavos por hora. Diez horas de trabajo por un dólar y medio, y no se podía vivir allí mismo. (...)

¿Qué hacen entonces? Reparten esos volantes hasta por los quintos infernos. Necesitan tres mil hombres y se presentan seis mil. Emplean a esos hombres por lo que ellos quieren pagar. Si usted no quiere trabajar por lo que ellos ofrecen, hay millones dispuestos a aceptar. De modo que usted cosecha y cosecha, y de repente se acaba el trabajo. Toda una región del país está plantada de duraznos. Todos maduran al mismo tiempo. Cuando usted ha terminado la cosecha en un huerto, todos los demás ya están cosechados.

²³ “Vivimos en una época de gran y creciente migración global. Los gobiernos llevan al límite su ingenio para congraciarse con los electores endureciendo las leyes de inmigración, restringiendo los derechos de asilo, ensombreciendo la imagen de los “inmigrante económicos”. (Bauman, 2009, p. 97)

²⁴ “(...) la inmigración se ha transformado en un asunto de seguridad nacional” (Vite Pérez, 2006, p. 106).

²⁵ Esto explica el creciente aumento de discursos xenofóbicos y racistas y su fuerza creciente que han llegado a institucionalizarse (Santos Feitosa, 2018).

No hay en toda esa maldita región otro empleo. Y luego los terratenientes ya no le quieren allí. (...)

—De modo que tenemos que recibir lo que quieran pagarnos, morirnos de hambre..., y si reclamamos, también nos morimos de hambre (Steinbeck, 2010, pp. 263-265).

De esta forma resulta evidente cómo al ser desposeídos de la tierra y verse forzados a migrar, estas personas se sumergen en condiciones de mayor vulnerabilidad a las que estaban sometidos inicialmente. La condición del migrante es la condición de miles de personas que esperan diariamente a que los Estados se apiaden de ellos, pero fallecen en esa espera. Por el contrario, las personas oriundas de los Estados receptores de migrantes los etiquetan, discriminan y rechazan. La reacción de los lugareños empeora las ya precarias condiciones de vida y los somete a una mayor marginalización.

De campesinos a *okies*: el etiquetamiento de la familia Joad

En su largo viaje la familia protagonista de *Las uvas de la ira* sufre una transformación, pasan de ser campesinos a ser migrantes, y por tanto forasteros, pasan de estar subyugados a los propietarios de las tierras a someterse al odio de los nativos del lugar al que llegan. Día a día, esta es la realidad que enfrentan los migrantes latinoamericanos convertidos en residuos humanos. *Venecos* para los venezolanos en Colombia, *nicas* para los nicaragüenses en Costa Rica, son ejemplos del etiquetamiento cargado de odio y discriminación que se sufre al llegar a una tierra a la que “no se pertenece”. Asimismo, la familia Joad adquiere el rótulo de ser *okies* lo que implica, por sí mismo, una amenaza de muerte.

(...) Toda la gente lo va a mirar con una expresión muy curiosa. Lo van a mirar y sus rostros parecerán decirle: “no me gustas nada, hijo de perra”. Se presentarán diputados del *sheriff* y le harán moverse constantemente. Si acampa junto al camino, allí irán a hacerlo marcharse. Verán en los rostros de la gente cómo les odian. Y...yo les voy a decir algo. Les van a odiar porque les tienen miedo. Saben que un hombre hambriento tendrá que comer algo, aunque le sea preciso obtenerlo a la fuerza. (Steinbeck, 2010, pp. 219-220)

En este fragmento del texto, donde otro campesino le advierte a Casey y a Tom la situación con la que se van a encontrar en California, refleja el proceso de etiquetamiento que afectó a la familia Joad y que afecta a todos los migrantes. Este proceso radica en que, a un grupo poblacional específico, debido a circunstancias sociales, económicas, políticas o de otras índoles, se le asigna una etiqueta a partir de la que son identificados, generándose un tratamiento diferencial hacia ellos (Hikal, 2017). Esto usualmente desemboca en exclusión, discriminación, e incluso, en casos extremos, en violencia:

A ustedes nunca les han llamado *okies* todavía.

—¿*Okie*? —Dijo Tom—. ¿Qué es eso?

—Bien, con eso querían decir que un hombre viene de Oklahoma. Ahora significa que es un hijo de perra. *Okie* significa que ustedes son escoria. (Steinbeck, 2010, p. 220).

La palabra *okies*, indicaba más que el lugar de procedencia: no solo los nombraba como inmigrantes sino también como seres en condición de pobreza y marginalidad²⁶. Dicha expresión resaltaba que ellos eran quienes no tenían dinero, quienes no tenían nada más que deseos de encontrar un trabajo, quienes cargaban sus pertenencias ínfimas en la parte de atrás de un camión, quienes podían hacer lo que fuera por dinero. Los *okies* eran aquellos sin hogar que buscaban desesperadamente un espacio para enraizarse de nuevo, el problema radicó en que lo buscaban en un lugar donde sus habitantes no concebían un espacio para ellos:

—Pensamos salir esta noche y atravesar el desierto *míster*.

—Bien, mejor será que lo hagan así. Si mañana están aquí a esta hora, los voy a meter presos a todos. No queremos gente como ustedes por los alrededores. [...]

—De todos modos, ya no están en su tierra. Están en California, y no queremos que se establezca aquí ningún maldito *Okie*. (Steinbeck, 2010, p. 229)

²⁶ “Pensar en términos de «residentes no nativos» y «residentes nativos» constituye un fenómeno de categorización social típico del pensamiento humano; significa que categorizamos los objetos observados y a los individuos, en lugar de considerarlos específicos y únicos” (Basstanie & Devillé, 2016, p. 286).

Esta cita permite observar la manera en que los migrantes son etiquetados, especialmente cuando son pobres, toda vez que se radica en ellos no solo la carencia de recursos económicos sino también el elemento extraño, es decir, el ser foráneos, extranjeros, diferentes, resultado todo esto de una cultura del miedo en el que vive la humanidad. Este miedo es también identificado por el narrador: “Es el país más hermoso que ustedes podrán haber visto, pero sus habitantes no son cordiales para nosotros. Tienen tanto miedo y están tan preocupados, que ni siquiera son amables entre ellos” (Steinbeck, 2010 p. 220).

Al respecto, Bauman identifica tres tipos de miedos:

Los hay que amenazan al cuerpo y las propiedades de las personas. Otros tienen una naturaleza más general y amenazan la duración y fiabilidad del orden social del que depende la seguridad del medio de vida (la renta, el empleo) o la supervivencia (en el caso de la invalidez o de vejez). Y luego están aquellos peligros que amenazan el lugar de la persona en el mundo: su posición en la jerarquía social, su identidad (de clase, de género, étnica, religiosa) y, en líneas generales, su inmunidad a la degradación y a la exclusión sociales. (2007, p. 12)

Estos “son miedos fabricados socialmente (...) que tienen raíces sociales y políticas y son el producto de cambios profundos en las dinámicas sociales” (Ruiz García, 2012, p. 113). Estos tres tipos de temores los tienen los nativos y producto de ello desprecian a los migrantes.

Incluso, su condición de extranjeros es recalcada de manera constante, a pesar de que los *okies* no se reconocían como tales: “No somos extranjeros. Americanos hace siete generaciones, y de origen irlandés, escocés, inglés, alemán. Uno de los nuestros estuvo en la Revolución, y muchos de los nuestros lucharon en la Guerra Civil..., por ambos bandos. Somos americanos.” (Steinbeck, 2010, p. 250). Aun así, las conversaciones de los californianos mostraban una aversión generalizada ante los extraños que venían del este:

—¿Le vio la cara cuando arrancamos los nabos? Parecía capaz de matar a alguien. Tenemos que mantener a raya a esta gente o se tomarán el territorio. Se tomarán el territorio.

—Forasteros, extraños.

—Claro, hablan el mismo idioma, pero no son iguales. Fíjese cómo viven. ¿Cree usted que alguno de nosotros viviría así? ¡Por Cristo, no! (Steinbeck, 2010, p. 253)

El proceso de etiquetamiento no es natural, es un fenómeno social que puede tener múltiples causas. Usualmente es fruto de decisiones de autoridad para fines políticos (Hikal, 2017). En otras ocasiones, como en el texto, es un constructo social producto de lógicas económicas. El sistema capitalista y su reparto desigual de la pobreza generan un etiquetamiento a quienes no poseen recursos económicos y no entran en las lógicas de la competencia del mercado. Una de sus principales consecuencias es la violencia ejercida contra la población etiquetada, así como se evidencia en el trato dado a los *okies* en el texto.

En el oeste creció el pánico cuando los emigrantes se multiplicaron en las carreteras. Los propietarios tuvieron miedo por sus propiedades. Hombres que nunca habían sentido hambre, conocieron las miradas de los hambrientos. Hombres que nunca habían sentido ansias de algo, vieron en los ojos de los emigrantes la llamarada de la necesidad. Y los hombres de los pueblos y de campos suburbanos se unieron para defenderse; y se tranquilizaron con el pensamiento de que ellos eran buenos y los invasores eran malos; los hombres siempre deben hacer esto cuando se aprestan a luchar. Dijeron: “Estos malditos *okies* son sucios e ignorantes. Son degenerados, maníacos sexuales. Estos malditos *okies* son ladrones. Se lo robarán todo. No tienen sentido del derecho de propiedad”.

Y esto último era cierto, porque ¿cómo un hombre desposeído puede sentir el dolor de poseer? Y aquella gente que se aprestaba a la defensa dijo: “Traen enfermedades, son malolientes. No podemos aceptarlos en las escuelas. Son de otra casta. ¿Le gustaría que su hermana se fuese con uno de ellos?”

Y los moradores de los pueblos se esforzaron por convencerse de lo necesario de su crueldad. Entonces formaron agrupaciones, cuadrillas y las armaron... Las armaron con garrotes, con gases, con armas de fuego. “El país es nuestro. No podemos consentir que estos *okies* nos lo arrebaten” Y los hombres armados no poseían tierra, pero por el momento lo olvidaban. (Steinbeck, 2010, p. 304)

Frente al proceso de etiquetamiento, Howard Becker expresa que el hecho de que

Todos los grupos sociales establecen reglas y, en determinado momento y bajo ciertas circunstancias, también intentan aplicarlas (...) Cuando la regla debe ser aplicada, es probable que el supuesto infractor sea visto como un tipo de persona especial, como alguien incapaz de vivir según las normas acordadas por el grupo y que no merece confianza. Es considerado un outsider, un marginal. (Becker, 2009, p. 21)

De esta forma, los *okies* son *outsiders*, son forasteros, los nativos de California los observan como criminales solo por el hecho de tener normas sociales diferentes. El hambre producto de la pobreza de los migrantes los lleva a ofrecer su trabajo en condiciones mínimas, pues en su pensamiento lo único relevante es conseguir comida para continuar con vida.

Los propietarios de la tierra les odiaban. Y en los pueblos, los dueños de comercios les odiaban porque no tenían dinero que gastar. No hay sendero más corto para el desprecio de un tendero, y todas sus admiraciones son exactamente opuestas. Los prominentes del pueblo, los pequeños banqueros, odiaban a los *okies* porque no les ofrecían posibilidades de ganancia. No tenían nada. Y los trabajadores odiaban a los *okies* porque un hombre hambriento tiene que trabajar, y si tiene que trabajar, si necesita trabajar, el empleador, automáticamente le pagará menos por su trabajo; y entonces nadie puede ganar más. (Steinbeck, 2010, p. 250)

En este sentido, las conductas de los *okies* siempre serán vistas como grotescas y podrán ser criminalizadas, aun cuando no se cometa una conducta delictiva como tal, toda vez que, tal y como Becker genialmente lo explica, “la desviación es creada por la sociedad” (p. 28). Además, las “reglas suelen ser aplicadas con más fuerza sobre ciertas personas que sobre otras” (p. 32), lo que se evidencia en el presente caso, pues es aplicada en mayor fuerza a los *okies*: forasteros, migrantes, *outsiders*, “se los estereotipa a partir de una constelación de características presuntas” (Trimano, 2015, p. 331). De allí, resulta claro que “el discurso de hostilidad y rechazo al extranjero ensalza la supremacía y legitimidad de la propia cultura dentro de su territorio” (Trimano, 2015, p. 331)

Se observa de esta forma, racismo por parte de la comunidad local de granjeros y propietarios respecto de los migrantes *okies*, lo cual se reflejaba en las escuelas de California, en la policía, entre otros (Bengoetxe, 2014). Esto condujo a que, en búsqueda de seguridad y compañía, los *okies* se agruparan. Bauman (2009) identifica esto como la guetificación:

La proximidad de “extraños étnicos” desencadena instintos étnicos en los locales, y las estrategias que siguen esos instintos están orientadas a la separación y reclusión en guetos, lo que a su vez repercute en el impulso de autoextrañamiento y autoconfinamiento del grupo recluido a la fuerza en un gueto. (p. 69)

Tal como se narra en *Las uvas de la ira*, en el camino hacia California, en la ruta de la carretera 66, se establecían hermandades entre los inmigrantes, que al caer la tarde creaban campamentos cerca de las fuentes de agua potable, donde se reunían muchas familias que realizaban el mismo recorrido. Todos ellos tenían en común el hambre imposible de satisfacer con algo más que agua y avena, entre todos sentían la misma desazón de enfrentarse a un futuro desconocido, de afrontarse a la incertidumbre. De esta forma se configuraron campamentos con la estructura de guetos. En palabras de Steinbeck:

Y ahora el grupo estaba fundido en una sola cosa, en una unidad, y en las tinieblas los ojos de todos parecían mirar hacia dentro de ellos mismos, y sus cerebros recordaban tiempos pasados y su amargura era como un descanso, como un sueño (Steinbeck, 2010, p. 213)

El gueto, tal y como Loic Wacquant lo ha definido²⁷, se constituye en un confinamiento espacial y social, representan “un doble rechazo, que combina clase y raza” (Bauman Z., 2009, p. 116) (y en este caso lugar de origen). Este espacio será el vertedero de residuos humanos²⁸, el lugar en el que se

²⁷ Formaciones socio-espaciales restringidas en las que hay uniformidad racial y/o cultural y son fundados en la relegación forzada de una población negativamente tipificada en un territorio reservado y se desarrollan instituciones propias (Wacquant, 2007, p. 43).

²⁸ “En pocas palabras, la guetificación es parte integral del mecanismo de tratamiento de residuos que a veces se pone en marcha cuando los pobres ya

deposita a los marginados, empobrecidos, rechazados, expulsados. De esta forma, el gueto no es más que “un mero vertedero para (aquellos para los que) el entorno social no tiene un uso económico político” (Bauman, 2009, p. 117). Todo esto conduce a afirmar que los migrantes, empobrecidos y etiquetados, confinados en un espacio solo para ellos, son criminalizados, toda vez que representan un peligro y por ellos resulta consecuente que los Estados adopten políticas para llevarlos del gueto a la cárcel: “los trabajadores inmigrantes o ilegales son visualizados como parte de los riesgos y peligros, asimilados a la criminalidad y a la pobreza, que atenta contra el orden socioeconómico predominante” (Vite Pérez, 2006, p. 97)

Los sufrimientos de los “supernumerarios” o “sobrantes”, que han emigrado para encontrar una funcionalidad económica en los países desarrollados, se considera como un aspecto secundario de parte de los gobiernos de los países que los han engendrado; mientras, en los países receptores, han sido estigmatizados como los “ilegales” o los “sin papeles”, culpabilizándolos, a su vez, de la existencia de bajos salarios y del desempleo entre la población nativa. (Vite Pérez, 2006, p. 96)

La criminalización de la migración, y en general de las vidas empobrecidas (residuos humanos), resulta la consecuencia necesaria en la sociedad actual, toda vez que, tal y como lo expresa Bauman:

Los residuos humanos ya no pueden trasladarse a distintos vertederos ni ubicarse firmemente en zonas prohibidas para la “vida normal”. Por consiguiente, tienen que encerrarse en contenedores herméticos. El sistema penal provee tales contenedores (...) un mecanismo de exclusión y control (...) Explícitamente, el propósito esencial y tal vez único de las cárceles no es tan solo cualquier clase de eliminación de residuos humanos, sino una destrucción final y definitiva de los mismos (...) las cárceles, al igual que tantas otras instituciones sociales, han pasado de la tarea de reciclaje a la destrucción de residuos. (Bauman, 2005, pp. 113-114)

Este señalamiento y criminalización es narrado por Steinbeck cuando menciona la figura de la lista negra en el contexto de los *okies* en Claifornia:

no son útiles como un “ejército de productores de reserva” y se han convertido en consumidores fallidos y por tanto inútiles” (Bauman Z., 2009, p. 117)

Pues bien, si los hombres se reúnen, hay un líder —tiene que haber uno—, un fulano que habla por los demás. Pero en cuanto ese abre la boca, lo agarran y lo meten en la cárcel. Y si surge otro líder, también a ese lo meten a la cárcel.

Tom dijo:

—Después de todo, en la cárcel se come.

—Él sí, pero sus hijos no. ¿Le gustaría a usted estar preso y que sus hijos se murieran de hambre afuera?

—Comprendo —dijo Tom lentamente—. Comprendo...

—Y hay otra cosa más. ¿Ha oído hablar de la lista negra?

—¿Qué es eso?

—Que en cuanto usted abre la boca y se pone a decir que debemos unirnos, le toman una fotografía y envían copias a todas partes. Entonces no podrá trabajar en ningún sitio. Y si usted tiene hijos... (Bauman, 2005, pp. 264-265)

En este sentido resulta evidente cómo, ante la llegada de miles de migrantes, las poblaciones receptoras y las autoridades estatales etiquetan y criminalizan. El temor los conduce a la exclusión, a la negación de la humanidad del rostro de aquel hambriento que busca trabajo y tierra. La construcción de la etiqueta social conduce a un actuar discriminatorio. El capitalismo, unido con una cultura del miedo, conduce al reforzamiento de los aparatos punitivos para ejercer violencia social e institucional buscando proteger a los nativos a costa de la eliminación del foráneo. De esta forma, estas vidas desposeídas, empobrecidas, migrantes, sumadas al rechazo, son evidentemente vidas que no importan, residuos humanos.

Conclusiones

La obra de Jonh Steinbeck está cargada de sufrimiento, injusticia social, pérdidas y duelo, de allí que no resulte “extraño que al abrir las páginas de su literatura de viajes nos sorprenda un aroma a tierra húmeda y aire límpido y sangre” (Silva, 2012, p. 2). Puntualmente, *Las uvas de la ira* “es una historia de emigración, de lucha por hallar nuevas oportunidades (...) es una historia de arraigo con el pasado: el sentimiento de un hombre apegado a su tierra y los problemas circunstanciales que de esa relación pueden derivarse” (Rodríguez Campesino, 2015, p. 120).

Precisamente, la tierra es el elemento clave dentro de la obra a partir de la cual se estructura la historia, pues es el destierro lo que conduce al empobrecimiento, la migración y el etiquetamiento. La pérdida de la tierra de la familia Joad significó el inicio de un éxodo aterrador, que hizo que la familia pusiera en jaque su identidad, perdiera algunos de sus miembros en el camino, se expusiera a condiciones infrahumanas de vida, sufriera hambre y fuera víctima de violencia verbal, psicológica y física. Sus vidas se constituyeron en residuales —o desperdiciadas en términos de Bauman— en virtud de esta relación esencial con la tierra.

La razón del sufrimiento descrito por Steinbeck es el sistema económico, el cual genera que a centenares de miles de personas se le expulse de sus casas, se les asesine o se les obligue a buscarse la vida allende de las fronteras de su territorio (Bauman, 2005). Tal y como es narrado en el libro de Steinbeck, hoy en día, personas están perdiendo sus casas ante los bancos, en virtud de desalojos, ejecuciones hipotecarias, sobreendeudamientos, pobreza, desempleo y hambre (Bengoetxe, 2014). Hoy es patente el incremento de la inequidad social.

El cuadro general deja poco o ningún espacio para las dudas: en la situación actual, el crecimiento económico (...) no augura nada bueno para el futuro de la mayoría de nosotros. Más bien, presagia, para una cantidad abrumadora de personas, una desigualdad cada vez más profunda y cruel, y unas condiciones de vida más precarias, y además, más degradación, infortunios, ofensas y humillaciones —todo ello dentro del marco de una lucha cada vez más dura por la supervivencia social—. (Bauman, 2014, p. 55).

El panorama es sumamente desalentador: la pobreza parece únicamente incrementarse. La migración da muestras de que en los próximos años solo aumentará. La respuesta de los Estados es clara: utilizar la fuerza para expulsar y perseguir. Las cárceles son, actualmente, los vertederos de los residuos humanos, puesto que los enclaves migratorios (guetos) no dan abasto y no son satisfactorios para los poderosos, que aplican políticas cada vez más segregacionistas, racistas, xenofóbicas, aporofóbicas, políticas que dan cuenta que ante los marginados lo único que debe hacerse es eliminarlos.

Sin embargo, cabe precisar que solo bastaría para que un ciudadano pierda el trabajo que le da sustento para convertirse en una vida desperdiciada. Basta únicamente una decisión de alguien que ostente poder para transmutar a alguien de privilegiado a víctima del diseño económico de la modernidad. En este sentido, todos los seres humanos somos proclives a llegar a ser algunos de los integrantes de la familia Joad.

Referencias

- Basstanie, J., & Devillé, A. (2016). From labelling to social aid for immigrants in the 21st Century. *Cuadernos de Trabajo Social*, 29(2), 285-298.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. (P. Hermida Lazcano, Trad.) Barcelona: Paidós Ibérica.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2009). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. (J. Alborés, Trad.) Madrid, España: Siglo XXI Editores.
- Bauman, Z. (2014). *¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?* (A. Capel Tarjer, Trad.) Bogotá: Editorial Planeta Colombiana S.A.
- Becker, H. (2009). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. (J. Arrambide, Trad.) Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Bengoetxe, J. (2014). John Steinbeck's The Grapes of Wrath: Narrating the Wrong. *Oñati Socio-legal Series*, 4(6), 1194-1207.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos. (2015). *Derechos humanos de migrantes, refugiados, apátridas, víctimas de trata de personas y desplazados internos: Normas y estándares del Sistema Interamericano de Derechos Humanos*. Organización de Estados Americanos, Washington D.C.
- Fra López, P. (1997). Las uvas de la ira. Steinbeck y Ford. Un viaje, una aventura. En C. J. Blanco (Ed.), *Literatura y cine: perspectivas semióticas: actas del I Simposio de la Asociación Galega de Semiótica*, (págs. 37-46). La Coruña.
- Hall, J. R. (mayo-agosto de 2017). Bauman líquido. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*(230), 273-786.
- Hikal, W. (2017). Howard Becker: ¿El contemporáneo de la Escuela de Chicago? La teoría del etiquetamiento en el proceso de criminalización. *VOX JURIS*, 33(1), 101-112.
- López, A. C. (2017). De refugiados a parias, en la modernidad líquida. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*(230), 383-392.

- Mourão, P. R. (2005). La economía y 'Las uvas de la ira'. *Cuadernos de Economía*, XXIV(43), 65-81.
- Quint, H. (2003). El amor en Las uvas de la ira, de Jonh Steinbeck. *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*(25).
- Rodríguez Campesino, A. (2015). Reinterpretando el mito de la frontera en tiempos de la Gran Depresión: el New Deal y Las uvas de la ira. *Revista Historia Autónoma*(7), 111-125.
- Ruiz García, M. Á. (julio-diciembre de 2012). Industria del miedo: estética y política de seguridad democrática en la sociedad de consumidores. *Analecta política*, 2(3), 99-125.
- Santos Feitosa, R. R. (mayo-agosto de 2018). Inseguranças, incertezas e o desalento pós-moderno: o estado de crise nos últimos textos de Zygmunt Bauman. *Revista Internacional Interdisciplinar INTERthesis*, 12(2), 01-18.
- Silva, M. Á. (2012). Cruces post-estructuralistas entre la Geografía y la Literatura. *VIII Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria Orbis Tertius* (págs. 1-12). La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de La Plata.
- Steinbeck, J. (2010). *Las uvas de la ira*. México D.F.: Prrúa.
- Trimano, L. (2015). Integración social y nueva ruralidad: ser ¿“hippie”? en el campo. *Revista de Antropología Social*, 24, 317-348.
- Vite Pérez, M. Á. (2006). La Criminalización de la Inmigración. *Cimexus*, 1(1), 95-109.
- Wacquant, L. (2007). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.